

## El burro desencantado

“Otra Navidad más” exclamó Juan mientras se probaba su disfraz de burro para actuar en la fiesta de la Iglesia. “No se porqué cada vez más me parece un show aburrido y conocido, tan diferente a cuando era pequeño” le dijo a Matilde, su señora, que a su vez se probaba el traje de Virgen María. “Lo que pasa es que te has desencantado y has dejado de creer que Jesús realmente nace en tu pesebre cada año”.

Juan se quedó pensativo reflexionando que en realidad ella tenía razón, pero hacía tanto tiempo que no recibía ese toque mágico en su corazón, que había olvidado cómo era.

Cuando iban en camino hacia el lugar del escenario, Juan fue recordando sus navidades de antes: imposible olvidar cómo se le ponía la piel de gallina cuando en medio de la oscuridad de la medianoche, se encendían las velas y una procesión de niños acompañados con cantos ponía al niño pequeño entre medio de los animales de un pesebre armado con ramas. Imaginar ver a Jesús y a sus padres tan desvalidos pero a la vez tan dichosos en ese lugar, lo hacía llorar de emoción y llenar su corazón de amor hacia sus propios padres, sus hermanos, sus amigos y hasta esas primas insoportables que pasaban las Fiestas con su familia. Ver la grandeza de la sencillez y lo pequeño lo hacía construir ese pesebre del que hablaba Matilde en su alma, sin ninguna dificultad. Sin embargo, con el paso de los años y con los cambios que habían sucedido en la sociedad, ahora no podía lograrlo.

El show lo había ensayado mil veces, como una tarea más dentro de todas las que se amontonan a fin de año, y sabía que lo podría hacer muy bien, pero cuando estaban en la mitad del relato algo inesperado le sucedió. Un sueño pesado y profundo empezó a invadirlo como si alguien le colocara un manto sobre los ojos. Pestañeaba y pestañeaba, hasta que al final todas las luces, guirnaldas, regalos y decoraciones que adornaban el escenario desaparecieron.

Cuando despertó quedó perplejo: el público había desaparecido, los demás actores también y sólo estaba una guagua muy chiquitita mirándolo desde su cuna hecha con pañales blancos. Hasta Matilde, o sea la Virgen María, ya no estaba ahí.

No entendía que sucedía y a pesar de sus gritos nadie contestó. Se sintió ridículo en su disfraz de burro, pero cuando el niño comenzó a llorar se olvidó y se atrevió a acercarse para tomarlo en sus brazos.

Al sentir el pequeño peso y la tibieza de ese cuerpecito que se acurrucaba entre sus pelos de peluche de burro, por dentro sintió que la piel se le erizaba. “Si sólo es un actor de esta representación que han olvidado en el escenario” se dijo a sí mismo tratando de convencerse. Pero el niño se puso a llorar con más fuerza. “Debe tener hambre, cómo lo pueden haber dejado aquí solito” alegó al viento, como si alguien lo pudiera oír. Entonces recordó unos dulces de miel que había traído debajo del disfraz por si a alguno de los actores de árboles les daba fatiga. Se lo puso al niño en los labios y éste se calmó saboreándolos por un buen rato, dejando de paso su caro disfraz arrendado, completamente pegoteado con miel y caramelo Sin embargo, al cabo de unos minutos el llanto volvió. “Ahora debe tener frío. Cómo nadie le trajo un chal o al menos una ropa a este niño que está desnudo en mis brazos” volvió a reclamar. Esta

vez se sacó la parte del disfraz que le cubría su cabeza y lo arropó suavemente. Los ojitos del niño ya no lloraban, en cambio lo miraban con picardía, como si le estuviera haciendo un juego. Juan quería encontrar a los padres del niño e irse luego a casa; esta Navidad ya lo tenía sobrepasado. Sin embargo, los nuevos pucheros del pequeño lo sacaron de estos planes y se puso a cantarle todas las melodías que recordaba de su infancia. Así cantó durante varias horas y el niño estaba dichoso; hasta hacía górgoros de contento. Juan no sabía porqué todo esto en vez de molestarlo lo había puesto feliz también. Este niño tenía algo especial. Pero de pronto nuevamente esa extraña sensación de pesadez se vino sobre sus ojos y no pudo resistirlo.

“Juan, Juan despierta que te has quedado dormido” le dijo Matilde moviéndole su brazo. “Cómo, ya terminó todo?¿ Cómo salió, se notó que me dormí? ¿ qué pasó con el niño?.. decía sin esperar las respuestas; estaba demasiado confundido. “La representación salió muy bien y nadie notó que tu estabas durmiendo. No te preocupes” le dijo ella mientras se sacaba su traje . “No sabes el extraño sueño que tuve Matilde, me encontré con un niño como el de la actuación y tuve que acurrucarlo, alimentarlo con los dulces, abrasarlo y hasta cantarle para que se quedara contento. Era un niño muy especial”. Dijo Juan un poco desencantado de que finalmente todo hubiese sido un sueño. “Olvídalo y sácate luego ese disfraz que debemos ir a la Misa del Gallo y luego a comer donde mis papás” le dijo ella. “Ok, lo haré enseguida, sólo es una Navidad más” respondió él sin ningún entusiasmo.

Y ahí ocurrió algo que nunca más pudo olvidar “Eyy, que pasa Matilde, estoy todo pegoteado, qué le echaste a este disfraz, no recuerdas lo caro que fue arrendarlo?”. Ella ya molesta por tanto alegato y mala gana se acercó a él y tocó con sus dedos el pelo del traje. “Es dulce Juan, es puro caramelo de miel pegoteado por todas partes”. “¡Qué!, no puede ser si los guardé sellados en mi pantalón . Al revisarlos vio que estaban completamente abiertos, y quedó helado. Guardó silencio hasta llegar a la Iglesia, estaba empezando la ceremonia. De pronto todas las luces se apagaron, y una procesión acompañada por cantos y velas se acercó al altar, mientras el padre decía “Hoy inauguramos una nueva escultura que alegrará nuestra Iglesia de ahora en adelante. Nadie la ha visto hasta hoy, pero si sabemos que representa a la Sagrada Familia en Belén. Todos elevaron las velas hacia la enorme figura delante del altar y ... “Oh no”, una corriente de escalofríos recorrió a Juan como un glaciar. Su piel se llenó de montañitas entumecidas de emoción. Frente a él, una maravillo niño pequeño y picaron lo miraba a los ojos y le ofrecía sus manos como para acurrucarlo. Era exactamente igual al de su sueño. Sin embargo, cuando pudo acercarse más observó que las manitas de la escultura estaban llenas de pequeñas motas de peluche café. Al tocarlas y percatarse que eran parte de su disfraz, sólo pudo dar las gracias a Dios y abrazar con todo su amor a Matilde, a sus suegros, a sus sobrinos y hasta esos tíos insoportables que tanto lo molestaban. Feliz Navidad.